CAPITULO 4º

Necesidad del dolor en el Sagrado Corazón de Jesús.

La vida de nuestro amable Redentor puede compendiarse en estas dos palabras: oración y sacrificio, ó sea amor y dolor. Nuestro divino Salvador siempre oró y siempre sufrió, dirigiendo su oración y dolor á la gloria del Eterno Padre y á la salvación de las almas.

Excelente es la oración; mas en la obra de la redención del género humano, dió nuestro adorable Salvador la preferencia y la parte principal al sufrimiento y á la Cruz. En efecto, podía el divino Salvador, con una pequeña oración ó con cualquier acto de su vida, redimir al mundo; pero quiso servirse para la redención, como *causa inmediata*, de su preciosa Sangre derramada en la Cruz, según la doctrina de San Pablo. (Hob. IX.) *Sine sanguinis effusione, non fit remissio.* "Sin derramamiento de sangre no hay remisión;" *In quo habemus redemptionem per sanguinem ejus in remissionem pecatorum.* "Por la sangre de Jesucristo tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados." (Col. I.) Queda confirmada esta doctrina

con las palabras de Jesús ya resucitado: *¿Nonne haec oportuit pati Christum?* "¿No fué, por ventura, menester que Cristo padeciese estas cosas?" Palabras que fueron repetidas por el Apóstol (Act. XVII, 3): *Christum oportuit pati*, "Convino que Cristo padeciese." Tuvo á la verdad nuestro Salvador el oficio de Maestro, Doctor, Sacerdote, Pontífice; mas la Sagrada Escritura en ninguna parte dice que convino que Cristo fuese Maestro, etc.; pero sí nos dice en el sentido que ahora hablamos de la redención, que "convino que Cristo padeciese," para darnos á entender que si bien cuanto Cristo hizo cooperó á la obra de la redención, con todo, en su *justicia* y *amor* quiso que esta misma redención estuviese ligada como á *causa inmediata*, al derramamiento de su Sangre, esto es, á sus dolores y á su muerte. Así pues, convino, según la doctrina del Apóstol San Pablo, que no se contentara el divino Salvador con orar y enseñar, sino que *era preciso que padeciera*. Ahora bien, nuestro ejemplar y modelo Cristo Jesús quiere que de la misma manera cooperemos á la glorificación de Dios y á la salvación de las almas propias y ajenas, esto es, por la oración y el sacrificio. Conviene, pues, podemos también decir, que los cristianos padezcan, ya para salvarse, ya también para cooperar á la salvación de las almas. Por la Cruz redimió Cristo al mundo, por la Cruz debemos de aplicar los méritos de Cristo á nuestra alma. Por lo que acabamos de decir pueden perfectamente entenderse las palabras de San Pablo: *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi in carne mea.* (Col. 1, 24.) "No basta que Cristo haya padecido, sino que he de aplicarme estos méritos adquiridos por Él, padeciendo con Él."

Deben, pues, todos los cristianos padecer; de lo contrario no siguen á Cristo como El mismo expresamente nos amonesta: *Si quis vult venire post me, abneget semetipsum tollat crucem suam et sequatur me* (Math. 16, 24). "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, tome su cruz y sígame;" á lo cual nos exhorta también frecuentemente el Apóstol San Pablo, quien parece no tener otros deleites sino en la Cruz de Cristo, y en una vida crucificada con Cristo.

Hay otra razón que hace resaltar más la excelencia de la Cruz, porque si bien es grande el valor de la oración de Cristo y de cualquiera de sus actos, capaces por sí solos de merecer nuestra salvación, pero la misma oración del Salvador y sus obras, fueron *relacionadas* por Él mismo á su *último sacrificio en la Cruz*, en la cual expió, reparó, redimió al género humano.

De todo lo dicho hasta aquí, claramente se desprende que la Cruz debe unirse á la oración, para que ésta produzca frutos saludables; que ella *no es un elemento accidental*, sino *esencial* y vital en la vida del cristiano, y que sin la Cruz no hay virtudes sólidas y macizas.

Además, la oración en el cristiano centuplicará sus frutos el día en que el Apostolado de la Cruz, que ha brotado del Costado de Cristo muerto en la Cruz, reine en el corazón de cada cristiano. Entonces se glorificará más á Dios, se asegurará más el triunfo de la Iglesia, se extenderá más el reinado del Corazón Sagrado de Jesús, se consolará al mismo Corazón Sagrado, fin principal de la Obra, y se salvarán más almas.

Concédanos el mismo Sagrado Corazón de Jesús que se extienda el Apostolado de la Cruz, obra por excelencia del Sagrado Corazón de Jesús, para que el triunfo del Corazón divino sea completo por medio de la oración y del sacrificio.

CAPITULO 5º

Amor y quejas del amante y afligido Corazón de Jesús.

ACABABA Jesús de instituir la Eucaristía, y rodeado todavía de sus discípulos, les dirigió una palabra dulce, tierna, salida de su Corazón abrasado en vivo fuego de amor: "Hijos míos, Yo os he amado." Sublime es este amor de Cristo, inefable la caridad de su Corazón, ya que San Pablo juzga que el conocimiento de la caridad del Corazón de Cristo es la ciencia suprema, y el mismo Cristo compara su amor al infinito amor que le tiene el Padre: "Como me amó el Padre, así Yo también os he amado." ¡Oh! ¡qué abismo de amor encierran estas palabras!

San Pablo atribuye á este amor cuatro dimensiones: *latitud, longitud, altura* y *profundidad;* las cuales brevemente expondremos.

"*Latitud.*" La anchura del amor del Corazón de Jesús se extiende á todas las criaturas, sin que exista una que se esconda al calor de este Corazón divino. De su Corazón, cual de un inmenso mar, se deriva toda la gracia que se comunica á las criaturas todas del cielo y de la tierra: abarca y excede su amor á

todo lo que la criatura puede pensar, ya que es el amor del Corazón de un Dios-Hombre.

"*Longitud.*" La longitud del amor del Corazón de Jesús es *eterna.* Su Corazón *moral*, divino, nos ama desde toda la eternidad "en perfecta caridad." Palpitó después de amor *por mí* con este Corazón de carne. ¡Ah! fueron latidos de amor que, comenzando en el seno purísimo de María, continuaron sin detenerse un momento en su nacimiento, en su vida privada y vida pública, en sus terribles humillaciones, en su muerte; y continúa ahora este Corazón amándome en la Eucaristía y á la diestra del Padre, siempre intercediendo por mí hasta la eternidad. Desde la eternidad nos ama y nos amará por toda la eternidad. La longitud, pues, del amor del Sagrado Corazón de Jesús, es la eternidad, ¿y negaremos á este Corazón divino, que eternamente nos ama, un pequeño amor de que en este breve tiempo podemos disponer?

Sublimitas: Sublime es el amor del Corazón de Jesús. De hijos de maldición nos levanta con su gracia á ser hijos suyos; nos incorpora á su Corazón divino, en el cual vivimos, respiramos y nos alimentamos, como el sarmiento vive de la vid. Por el amor de este Corazón divino estamos unidos á Él como *amigos*, y con la verdadera caridad y amistad de benevolencia, por la que dos corazones comunicados forman uno solo, único amor; y somos *hermanos* del mismo Corazón de Jesús llamando al Eterno Padre: "Padre, Padre." Introducidos por este sublime amor en su Corazón, poseeremos al mismo Dios, recompensa nuestra; tendremos con el Corazón de Jesús una misma morada, nos embriagaremos en las delicias del mismo Corazón del Dios-Hombre; entraremos en el gozo de Dios y de este Corazón divino, y unidos en Dios y en este Corazón veremos la Luz increada, amaremos al Amor increado, y sumergidos en esta Luz y en este Amor, gozaremos eternamente del infinito y sublime amor de Dios.

"*Profundum.*" ¡Profundo es el amor del Corazón de Cristo, como sublime! Para elevarnos á la altura que acabamos de explicar, bajó este Corazón divino hasta lo más profundo de sus dolores. El sudor sanguíneo, los azotes, las espinas, las bofetadas, las salivas, las humillaciones y oprobios, el verse desechado por la plebe, aplastado por nuestras iniquidades, hecho maldito en la Cruz, pagando todas nuestras deudas; muerto en profunda desolación, abandonado de su Eterno Padre, después de haber bebido la última gota de la mirra, ¿qué nos indica y manifiesta todo esto sino la infinita profundidad de los dolores de su Sacratísimo Corazón? ¡Oh, si pudiésemos profundizar el mar de amargura de este Corazón divino! Para sublimar al esclavo se hace menos que esclavo, un *gusano* pisado por los mismos esclavos; para que viva el esclavo, muere la Vida; para levantarlo á un trono, baja el Rey de la gloria. Podía el Corazón divino haber hecho estas maravillas por medios menos costosos; pero porque le estaba bien al esclavo, por solo y puro amor, sin interés, sin recompensa, sin esperar nada, sólo para que no se perdiese, para que fuese feliz, pierde este Corazón divino su vida y muere en el abismo amargo del dolor en los brazos de su Padre. ¡Oh profundidad del amor, del dolor del Corazón de Cristo! ¡El Corazón de Jesús crucificado

es lo más profundo de las profundidades de la Cruz.

¿Conoceis ahora, almas, lo que quiere decir la anchura, la longitud, la sublimidad y la profundidad del amor del Corazón de Jesús? Sin duda que á tal golpe de amor no habrá una sola alma que no despierte, que no quede cautiva, prendada de tan noble Corazón; ninguna que pueda acallar las alabanzas de este generoso Corazón de Jesús; ninguna que con lágrimas de gratitud no publique las riquezas de su misericordia; ninguna que pueda tener otra ocupación sino la de *amar sufriendo, sufrir amando*, por el dulce, tierno, amado Corazón de Jesús.

***

Todo esto y mucho más merece el Corazón divino; pero ¡oh dolor! que resuenan las tristes quejas de su afligido Corazón. "Mira á este Corazón que tanto ha amado á los hombres, y en pago no ha recibido de la mayor parte sino injurias é ingratitudes."

Quéjase el Sagrado Corazón de Jesús de tantos *pecadores* que de nuevo crucifican á su piadoso Corazón con sus pecados mortales. ¡Cuánto estrago ha hecho el pecado! La Sangre de Cristo pisada, sus espaldas desolladas por los bárbaros azotes, la cabeza taladrada con punzantes espinas, las manos y pies clavados, el cuerpo desangrado, muerto, el Corazón desolado.... ¡hé aquí lo que es el pecado! Oye la tierna voz de este Corazón, pecador, que abierto chorrea agua y sangre. ¿Cuándo, amadísimos pecadores, merecí Yo que me ofendiérais? ¡Lo merecí cuando te dí la vida, te dí bienes de fortuna, la salud, la hon-

ra!! ¡lo merecí cuando humillado en la Encarnación me ofrecí por ti á pagar tus deudas, á fin de que no te condenaras!! ¡lo merecí por una vida de privaciones!! ¡lo merecí cuando te dí mi Cuerpo, Sangre, divinidad en la Eucaristía!! ¡lo merecí en la Cruz, en la cual con mi Sangre borré el decreto de tu condenación!! ¡lo merecí al abrir mi Costado para manifestarte la expresión más viva del amor y del dolor de mi Corazón.... ¡¡Cuándo!! respóndeme, ¡¡cuándo!! Y si nunca lo merecí, ¿por qué me atormentas? ¿por qué me crucificas? dime, ¿por qué....? ¡por qué!....

Quéjase este Sagrado Corazón de tantas almas que viven en la *tibieza*, indiferencia y frialdad; que son mundanas, vanidosas, que tienen el corazón partido entre Cristo y el mundo; que siempre les parece que hacen demasiado por Jesús; que viven en el pecado venial. ¡Oh! ¡qué amarga queja brota del adolorido Corazón de Jesús! Si mi enemigo me hubiera maldecido, con paciencia le hubiera sufrido; pero tú, á quien senté á mi misma mesa y dí de comer con mi propia mano la dulce Eucaristía y alargué con amor el Cáliz de mi Sangre para que la bebieras y te embriagaras: ¡tú! ¡tú! ¡desgarras también mi Corazón! Si nunca hubieras conocido las riquezas de mi amante Corazón; si nunca hubieras oido mi dulce voz resonando en el fondo de tu alma, sería menos de admirar; pero ahora que me conoces, que por ti he muerto de amor, y me sacrifico todos los días, y sin embargo, prefieres tu amor propio á este tu Redentor, quieres más la vanidad que á este Corazón que arde en amor por ti.... ¿crees, alma, que al ver tanta ingratitud puede mi Corazón dejar de abismarse

en la más cruel amargura? Busca al mundo, búscate á ti; tu amor propio, tu vanidad, peca venialmente; mientras tanto, en el fondo de mi Corazón Sagrado, desde la Eucaristía, clamaré: ¿Por qué me abandonas? ¿Por qué me abandonas? Para todo tienes tiempo, menos para tu Jesús; para todos tienes una sonrisa, un cariño, un consuelo.... ¡sólo para este derretido Corazón en el amor, eres de piedra! ¡duro como roca! Me dejas sin consuelo clamando: ¿Por qué me abandonas?"

Quéjase el Sagrado Corazón de Jesús de muchas almas consagradas á Dios. Tiene derecho el amable Jesús de esperar un consuelo más sólido de algunas almas escogidas. Sin duda no faltan víctimas voluntarias sacrificadas por este Jesús; Sacerdotes celosos que buscan los intereses de Jesús; almas en quienes tiene sus complacencias, en donde descansa de las fatigas y de las persecuciones de los impíos. Con todo, se queja con un amargo suspiro, y desahoga su oprimido pecho con su sierva la Beata Margarita, diciéndole que lo que más pena le causa es el verse maltratado, despreciado, arrastrado por algunas almas que debieran ser su encanto, sus delicias! Los pecadores me crucifican; los tibios me desprecian; me refugio en estas almas que por mil títulos debieran ser mías, y ¡tampoco me recogen! Apenas encuentro un corazón que de veras me ame; pido sacrificios, y no se me escucha; llamo á la puerta de los corazones, y no se me abre; espero un día y otro para que el corazón me abra la puerta, y en balde. Tengo sed de corazones, de almas, de sacrificios, de víctimas, de amor, de dolor, y ¡ay! me quedo devorado por la sed

sin poderla mitigar. Deseo derramar el torrente de gracias en que se desborda mi Corazón, por medio de los Sacerdotes, religiosos, religiosas, y no encuentro quien quiera cooperar á este vivo y ardiente deseo. En nada tendría Yo mis tormentos, mis desamparos, mis desolaciones, mi sacrificio, mi muerte, si encontrara correspondencia. ¿Quieres tú, alma que me escuchas, alma escogida mía, quieres darme un consuelo? Abreme tu corazón, déjame descansar, sé toda mía, toda sin reserva. Tengo sed; ¿me das una gotita de agua? ¿Será posible que me niegues este consuelo, tú, á quien he enriquecido con tantos beneficios? Tu corazón entero te pido con lágrimas de mis ojos, con un suspiro profundo de mi Corazón Sagrado. ¿Me lo niegas? ...

Tómalo, tómalo, Jesús de mi vida, tómalo; si hasta ahora he vivido sin agradarte, por mi tibieza, comodidades y faltas, aquí estoy humillado, deseoso de complacerte en todo lo que sea tu divina voluntad. Perdóname, perdóname, amor mío. ¡Oh! ¡si con lágrimas y con sangre pudiera borrar mi negra ingratitud! ¡Oh! ¡si mi corazón se rompiera á lo menos de dolor! Perdóname, Jesús mío, perdóname. Haz de mí lo que quieras; ven, descansa en mi Corazón. Mi divisa es desde ahora amar–padecer, amar–padecer por las almas, por Ti, amante Corazón de Jesús, en donde me sumerjo, me sepulto para siempre hasta la eternidad.